

“SOMOS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS”

NUESTRA IDENTIDAD Y MISIÓN

Jaime Emilio González Magaña, S. J. (MEX)

Prof. de Teología Espiritual y de Espiritualidad Ignaciana

Pontificia Universidad Gregoriana, Roma, Italia

1. De la amistad nace la misión

Nuestra identidad y misión como cuerpo apostólico se configuraron después de una intensa experiencia de amistad. Todo comenzó cuando el Maestro Juan de la Peña ayudó a Ignacio de Loyola en sus inicios como estudiante en la Universidad de París. Mas tarde, le presentó a otros jóvenes que serían sus amigos y piedra angular en la fundación de la Compañía de Jesús. Se trataba de dos jóvenes universitarios, muy distintos entre sí, pero con el mismo deseo de servir a Dios. Los dos fueron acompañados por el estudiante vasco en la búsqueda de ideales superiores a los que esperaban alcanzar cuando terminaran sus estudios en París¹. El primero fue Pedro Fabro, originario de Villaret, en Saboya, y quien, aunque era ya *incipiens*, estudiaba teología. El otro era Francisco Javier, un joven navarro, de familia aristocrática que comenzaba su docencia en Artes en el Colegio de Beauvais. Pedro Fabro había nacido el 15 de abril de 1506 y Francisco Javier el 7 del mismo mes y año. Ignacio tenía ya cerca de cuarenta años pero su edad no fue obstáculo para que iniciara una auténtica amistad con aquellos jóvenes a quienes llevaría de su mano en la búsqueda de la identidad y misión de lo que sería una Orden religiosa diferente.

Ignacio era “afable y bondadoso, le iba bien en la conversación con los jóvenes, era tan parco como rico, pues era

hombre muy corrido, si bien, con todo era hombre poco hablador como no incidiera algún tema de especial interés; particularmente con Xabier... tenía mucha reserva. Ignoraba hasta qué punto el Loyola había tomado parte en los asuntos del Duque de Nájera...². Muy pronto se dio cuenta que sus compañeros de habitación eran jóvenes con una capacidad extraordinaria y “comenzó a ganar aquellos mozos en ingenio y doctrina tan excelentes”³. No dejó dejar pasar ninguna oportunidad para hacerlos sus amigos en el Señor y comenzó sus diálogos con Pedro Fabro, con quien “tomó estrechísima amistad [aunque] no extendió al principio todas las velas, ni usó de todas las fuerzas para ganar esta ánima de un golpe, sino muy poco a poco y despacio fue procediendo

*nuestra identidad y misión
como cuerpo apostólico se
configuraron después de una
intensa experiencia de
amistad*

con él”⁴. Con Francisco Javier, comenzó siendo más difícil la relación ya que el aristócrata navarro no le tenía confianza y “se mostró al principio menos aficionado a seguirle”. El hijo del Dr. Juan de Jasso recordaba muy bien que los Loyola habían estado en el bando enemigo y lejos de apoyar sus pretensiones en la recuperación del trono de los Albret, legítimos soberanos de Navarra, formaban parte de los afanes de expansión y conquista de los reyes castellanos. A la mutua e inmediata simpatía que se dio entre Ignacio y Fabro, se unió otra circunstancia: el Maestro Peña comprendió que por muy buena disposición que Ignacio tuviera para los estudios, la carga de éstos sería excesiva y necesitaría ayuda. Pensó en la conveniencia de que un estudiante le ayudara para que le resultara más fácil y decidió invitar a Fabro para llevar a cabo esta tarea. Fabro nos ha dejado el testimonio de su amistad en su Memorial cuando dice: “Este año [1529] vino Ignacio para habitar en el mismo Colegio de Santa Bárbara, en la misma habitación con nosotros; pretendía ingresar por San Remigio en el estudio de las Artes. El mencionado Maestro [se refiere a Fabro mismo] se encargaría de él. Bendito sea por siempre la Divina Providencia, que así lo dispuso para mi bien y salvación”⁵.

Ignacio estaba convencido de que debía priorizar los estudios y, de común acuerdo con Fabro, llegaron a la conclusión de “que a la hora de estudiar no hablase de cosas de Dios; porque si acaso entraba en alguna plática ó coloquio espiritual, luego se arrebatava tan adentro de la mar, que con el soplo del cielo que le daba iba navegando de manera, que se le pasaban muchas horas sin

poder volver atrás, y con esto se perdía el provecho que había de sacar de sus estudios⁶. Ignacio prefirió presentar su examen final en Santa Genoveva en el que le correspondió el Nº 30, y considerando que presentaron el examen entre unos 90 ó 100 estudiantes, podemos decir que obtuvo una nota superior a la media. Francisco Javier ocupó el Nº 22 y Fabro el Nº 24⁷. Con este examen el Licenciado podía enseñar Artes o Filosofía en cualquier parte de la tierra⁸. Al mismo tiempo, Ignacio iba retocando las notas que comenzara a escribir en Manresa -fruto de sus experiencias místicas- con el conjunto de experiencias vividas hasta ese momento. Había hecho ya algunos intentos por compartir esas vivencias con algunos estudiantes en Alcalá, pero todavía no pensaba en utilizarlas como instrumento apostólico. Su estancia en París, su contacto con el medio intelectual y religioso le iría ayudando a perfilar los Ejercicios Espirituales como un instrumento de evangelización y motivación para que otros decidieran buscar, hallar y sentir la voluntad de Dios. En Alcalá y Salamanca, Ignacio había estado en íntimo contacto con las corrientes de alumbrados, dejados y perfectos; en París, constató que la influencia de Erasmo de Rotterdam era enorme y que el pensamiento de Martín Lutero estaba arraigando en muchos estudiantes y profesores de elevado prestigio en los medios letrados universitarios y del reino francés en general⁹. Nunca antes como en París, Ignacio se dio cuenta del hambre y sed de conversión que experimentaba el pueblo de Dios. Y esto no solamente al nivel de los jóvenes universitarios sino en el clero y en todos los niveles sociales. En un medio polémico, de sospecha, de duda continua, de agresividad incontinida, Ignacio intuyó que los Ejercicios Espirituales, como don preciado del Señor, podían ser instrumento eficaz para colaborar en una auténtica conversión que llevara al hombre todo a una vuelta a Dios y sus criterios.

El dolor que experimentó Ignacio ante los continuos ataques a la sede de Pedro y a muchas de las cosas que se habían enseñado tradicionalmente al pueblo, le llevó a redactar las *Reglas sobre el sentido que en la Iglesia militante debemos tener* con la intención de comunicar con un lenguaje sencillo y nítido, su amor y obediencia absoluta e inquebrantable a “nuestra santa Madre la Iglesia

*con los Ejercicios Espirituales
en la mano y la mirada
puesta en el Señor y en el
futuro comenzó a contagiar
su amor y fuerza interior a
otros estudiantes parisinos*

jerárquica, la cual es la Iglesia romana¹⁰. Con ello, no sólo logró un golpe certero contra el luteranismo, sino que contrarrestó la amargura erasmiana con tal fuerza que, con los Ejercicios Espirituales en la mano y la mirada puesta en el Señor y en el futuro, comenzó a contagiar su amor y fuerza interior a otros estudiantes parisinos¹¹. A cada uno de los compañeros les dio los Ejercicios Espirituales en forma personal, callada y discreta. Ninguno de ellos habló con los demás¹² y, así, en silencio, sencillamente -como actúa Dios en las cosas que son verdaderamente grandes- aquellos jóvenes soñadores como su acompañante espiritual comenzaron a creer en la utopía de ser compañeros en la misión común de predicar en pobreza, al estilo de Cristo, y poner también en común sus letras, su juventud y sus ideales por el gran Ideal compartido en Jesús de Nazareth. Los estudiantes parisinos que se unieron a la utopía de Ignacio de Loyola fueron Pedro Fabro, Francisco Javier, Diego Laínez, Alfonso Salmerón, Simón Rodrigues y Nicolás de Bobadilla. Mas tarde lo harían Claude Jay, Pascase Broët y Jean Coduri.

2. Amigos en el Señor al servicio de la Iglesia

Los primeros compañeros hicieron los Ejercicios Espirituales y decidieron unirse a la propuesta de Ignacio de ir a la Tierra Santa y entregar su vida al servicio de las almas. A todos ellos les era conocida una iglesita antigua y solitaria que se alzaba a unos 600 metros de la cima de Montmartre y era designada por el nombre de Nuestra Señora de Montmartre o *Sanctum Martyrium*, porque existía una vieja tradición de que allí habían derramado su sangre por la fe de Cristo, San Dionisio y sus compañeros Rústico y Eleuterio. Decidieron que ahí harían sus votos de pobreza, castidad y de peregrinar a Jerusalén el 15 de agosto de 1534. Habían planeado iniciar su peregrinación un poco después. No obstante el ferviente deseo de los estudiantes por comenzar su misión, éste iba a posponerse debido a la quebrantada salud de Ignacio de Loyola quien, por obediencia a los médicos, tuvo que trasladarse a su tierra natal con el fin de recuperarse. Sabemos que sus planes, una vez concluida su visita a su familia y sus paisanos de Azpeitia, eran los de visitar a las familias de sus compañeros, dirimir importantes asuntos pendientes con algunas personas y contactar a varios antiguos estudiantes parisinos. Después planeaba dirigirse a la Universidad de Bolonia para continuar los estudios interrumpidos. Pasó por Óbanos, a 22 kilómetros de Pamplona, para entrevistarse con don Juan de Azpilcueta, hermano de Francisco Javier y entregarle en propia mano una carta

del joven navarro. Llegó también a Almazán, con el propósito de entrevistarse con la familia de Diego Laínez. Después visitó Sigüenza, aunque no se sabe cuál fue el motivo de su visita, sólo se supone que fue para visitar a algún estudiante que pudo haber conocido en París. Ignacio no cejaba en su intento de invitar a otros a formar parte del grupo de compañeros por lo que se detuvo también en Madrid. Todo indica que en la corte madrileña conoció al príncipe heredero, el futuro Rey Felipe II, gracias a la mediación de doña Leonor de Mascareñas, quien era amiga suya desde su estancia en Alcalá de Henares. El hijo de Carlos I de España y V de Alemania tendría entonces nueve años y recordaría a Ignacio cuando, en 1587, el pintor Alonso Sánchez Coello le presentó un retrato del santo y dijo “muy bueno está, mucho le parece. Yo conocí al P. Ignacio, y éste es su rostro; aunque cuando yo le conocí traía más barba”¹³. El P. José Acosta confesó que, cuando Felipe II lo recibió en 1594, le “dijo que él había conocido al P. Ignacio en Madrid”¹⁴.

Ignacio se trasladó a Toledo pues quería visitar al canónigo Pedro de Peralta a quien había conocido en París y quien, aunque nunca se decidió a ser de la Compañía de Jesús, siempre guardó un especial cariño y recuerdo por aquel extraño estudiante. Visitó, asimismo, la familia de Alfonso Salmerón y, hacia el mes de septiembre, se dirigió a Valencia pues quería ver a don Juan de Castro, a quien el amor por la vida contemplativa cartuja le impidió seguir los planes de su amigo Ignacio. En esa ciudad, a mediados de noviembre, tomó el barco que lo llevaría a Génova¹⁵. Llegando a esta ciudad “emprendió el camino hacia Bolonia, y en él sufrió mucho, máxime una vez que perdió el camino y empezó a andar junto a un río, el cual estaba abajo y el camino en alto, y este camino, cuanto más andaba, se iba haciendo más estrecho; y llegó a estrecharse tanto, que no podía seguir adelante, ni volver atrás; de modo que empezó a andar a gatas, y así caminó un gran trecho con gran miedo, porque cada vez que se movía creía que caía al río. Y ésta fue la más grande fatiga y penalidad corporal que jamás tuvo; pero al fin salió del apuro. Y queriendo entrar en Bolonia, teniendo que atravesar un puentecillo de madera, cayó abajo del puente; y así, levantándose cargado de barro y de agua, hizo reír a muchos que se hallaron presentes. Y entrando en Bolonia, empezó a pedir limosna, y no encontró ni siquiera un cuatrín, aunque la recorrió toda”¹⁶. Olvidó la poca hospitalidad de la ciudad italiana cuando el peregrino fue hospedado por don Pedro Rodríguez de la Fuente, en el insigne Colegio de los españoles de San Clemente¹⁷, del que era rector. Pensaba terminar sus estudios teológicos con las provisiones que le había dado su amiga Isabel Roser y esperar ahí a sus compañeros que se habían quedado en París para terminar sus estudios¹⁸. No

obstante la buena acogida de don Pedro, sus deseos no iban a ser satisfechos y, una vez más, fue necesario cambiar de planes. El clima de la ciudad no le acomodó por las nieblas y decidió partir para Venecia “siempre de la misma manera”. Ahí esperaba a los compañeros quienes, según lo acordado, llegarían a principios de 1537¹⁹. No tenemos la certeza sobre la identidad del “hombre muy docto y muy bueno” que ofreció amigablemente hospedaje al estudiante peregrino. Algunos se han inclinado por la persona de Pedro Contarini, procurador del hospital de los incurables. Otros dicen que fue Martín Zornosa, Cónsul de Carlos V en Venecia. Unos más dicen que fue Andrés Lipomani, que “sin ser un sabio, era un hombre entendido en letras, humilde y bueno como pocos”²⁰, y que poco antes, en 1534, ya había acogido en el hospital a Jerónimo Emiliani, fundador de la Orden Somasca y muy reconocido por su obra en favor de los necesitados, huérfanos abandonados, enfermos incurables y pecadoras arrepentidas.

Ignacio reanudó sus estudios de teología con el decidido empeño de llegar a cumplir los cuatro años que se le exigían para poder ayudar “legítimamente” a las ánimas. De los diecinueve meses de su estancia en Venecia - de enero de 1536 a julio de 1537 -, sólo nos quedan unas cuantas líneas de su Autobiografía en las que, con su exquisita parquedad, simplemente nos dice que “se ejercitaba en dar los ejercicios y en otras conversaciones espirituales”. Sabemos que dio los Ejercicios a dos personas “señaladas”, el Maestro Pedro Contarini, procurador del Hospital de los Incurables, y el Maestro Gaspar de Doctis, Vicario del Nuncio Pontificio en Venecia. Gaspar pronunció votos simples en la Compañía en 1556, pero permaneció regentando el Santuario de Loreto. Un tercero fue un español que parece ser fue uno llamado Rodrigo Rozas y de quien no se sabe gran cosa. El otro fue el malagueño Diego de Hocés quien, después de dudar sobre la ortodoxia de los Ejercicios, los hizo con gran generosidad y entrega y terminó uniéndose al grupo de los primeros compañeros pero “fue el primero que murió”, en Padua, en 1538²¹.

Los primeros compañeros eran esperados a principios de 1537, sin embargo, los azares de la guerra entre Francisco I, Rey de Francia y el Emperador Carlos V de Alemania les obligaron a partir el 15 de noviembre de 1536. Y consiguientemente, también el arribo a Venecia fue adelantado. Ignacio llevaba en la ciudad todo el año 1536, dedicado principalmente a su estudio privado de teología ya que en Venecia no existía universidad y la más próxima era la de Padua. Repasaba sus libros parisinos, las Sentencias de Pedro Lombardo y probablemente la Summa Teológica o algunos comentarios parciales que le recomendaron los dominicos de Saint Jacques. Contaba, además, con los libros

que le prestaba su amigo y protector Andrés Lipomani quien, por ser prior de la Santísima Trinidad, tenía a su alcance una buena biblioteca²². A la vez que estudiaba, seguía dando Ejercicios Espirituales y aprovechaba para corregir el texto de los mismos y, de forma especial, no dejaba su contacto con los más pobres y necesitados. Finalmente, los compañeros llegaron a Venecia el 8 de enero de 1537 y encontraron a Ignacio “con alegría de sus corazones”²³ y con el mismo cariño y amistad que los mantenía unidos. Tres nuevos jóvenes teólogos habían sido ganados para el grupo por medio de los Ejercicios Espirituales y fueron presentados a Ignacio por Pedro Fabro, pues éste quedó como encargado del grupo en París. Ellos eran Claude Jay, Pascase Broët y Jean Coduri²⁴. A su vez, Ignacio les presentó a Diego de Hoces y a los hermanos Diego y Esteban de Eguía quienes también habían manifestado su interés en unirse al grupo de peregrinos. Se habían integrado también Antonio Arias y Miguel Landívar para quienes se pidieron las órdenes en Roma. Éstos, sin embargo, dejaron el grupo a su regreso de esa ciudad a Venecia. Un compañero más, Lorenzo García, se les uniría en Roma pero del mismo modo, los habría de dejar muy pronto, asustado por las persecuciones a las que fueron sometidos los compañeros²⁵.

En Venecia, el grupo de los primeros compañeros vivió una etapa decisiva y muy importante en el camino a la fundación de la Compañía de Jesús y la definición de su identidad y misión. La comunidad primera experimentó una serie de acontecimientos que los uniría aún más y les ayudaría a delinear lo que querían ser y hacer en el futuro. Me estoy refiriendo a la ordenación sacerdotal, sus primeras misas, el inicio de su actividad apostólica y misionera, las primeras deliberaciones comunitarias sobre su futuro y, finalmente, la decisión de ir a

en Venecia, el grupo de los primeros compañeros vivió una etapa decisiva y muy importante en el camino a la fundación de la Compañía de Jesús y la definición de su identidad y misión

Roma, ante el fracaso definitivo de sus planes para embarcarse a Jerusalén²⁶. Todos los compañeros hablaban de su anhelado sueño de peregrinar a la Tierra Santa, sin embargo, las naves no partirían sino después de Pentecostés, por lo que era necesario esperar casi medio año. Mientras tanto, decidieron dedicarse al servicio de los más pobres en los hospitales. Al hospital de los Incurables fueron Fabro, Javier, Laínez y otros dos²⁷. Al hospital de Juan y Pablo se dirigieron

Diego de Hoces, Rodrigues y Salmerón, con otros dos. Los sacerdotes Fabro y Hoces confesaban a los enfermos y les daban todo tipo de ayuda espiritual. Los otros, que todavía no habían sido ordenados, se dedicaban a los oficios más bajos y humildes, primeros ensayos de las experiencias apostólicas obligadas para todo candidato a ser jesuita²⁸.

Ignacio seguía estudiando pues quería terminar cuanto antes y cumplir las exigencias impuestas por las autoridades eclesíásticas. Tenía ya un certificado de estudios teológicos fechado el 14 de octubre de 1536, poco antes de la salida de sus compañeros para Italia. Era una constancia de los estudios hechos, sin embargo, era consciente de que era menester cumplir con la sentencia dada en Alcalá en 1527 y que le obligaba a completar el ciclo de cuatro años²⁹. El documento había sido expedido por el Decano y los Maestros de la Facultad de Teología de París y expresaba enfáticamente que “consta que el Maestro en Artes, ha sido estudiante de teología”, y como testimonio para quienes se interesen por una certificación añadía: “hacemos presente por las letras presentes, tanto para los actuales como para los futuros, que el mencionado Maestro Ignacio de Loyola ha estudiado en esta facultad por espacio de año y medio... Dado en París *apud Sanctum Matburinum*, el 14 de octubre del año 1536”. El Diploma no le bastaba. Ignacio había comenzado sus estudios en París de principios de 1533 hasta abril de 1535, esto es, casi dos años. Más tarde, en Venecia, estudió desde finales de diciembre de 1535 hasta marzo de 1537, inclusive, más el estudio dedicado a las clases con los Dominicos y los Franciscanos de París. Así cumpliría el dictamen jurisdiccional que había escuchado tanto en Alcalá, como en Salamanca, cuando estuvo en la prisión por orden de la Inquisición.

El tiempo transcurría y los compañeros comenzaron los preparativos para viajar a Roma y pedir los permisos correspondientes para su viaje a Jerusalén así como también las dimisorias para que los no sacerdotes pudieran ser ordenados “fuera de los tiempos previstos y por cualquier obispo”³⁰. Regresaron a Venecia en mayo de 1537 con las mejores noticias: el Papa les concedió no sólo el permiso para la peregrinación a Jerusalén³¹ sino también las licencias para la ordenación y sólo pidió que Salmerón, quien a la sazón contaba con sólo 23 años, esperara un poco para recibir su ordenación como presbítero³². El documento relativo a la ordenación de Ignacio rezaba así: “Vicente Nagusanti..., obispo de Arbe (ahora Rab) a todos y cada uno que vea estas letras hacemos saber, que a nuestro querido en Cristo Ignacio de Loyola, maestro en las artes liberales...y en rigor y dispensación de cartas de la Penitenciaría apostólica...” y se copia del anterior documento de la Penitenciaría dado por el Cardenal A.

Pucci, continúa: “El domingo día X mes de Junio le conferimos las Cuatro Ordenes Menores; y en la fiesta de los santos Vito y Modesto, que era solemne para todos en esta ciudad de Venecia, esto es, el día quince al subdiaconado; el día diecisiete, que fue domingo al diaconado; y en la fiesta de San Juan Bautista, al presbiterado a tenor de las normas de la Iglesia Romana, lo hicimos canónicamente dentro de la solemnidad de la misa, en la celebración pontifical en nuestra capilla de la casa de nuestra habitación ordinaria en Venecia; juzgamos promoverlo, y así lo promovimos al encontrarlo y comprobarlo idóneo y suficiente, a título de suficiente ciencia y de voluntaria pobreza, y otorgándolo así el Rmo. Sr. don Jerónimo Verallo..., en cuya mano hizo dicho Ignacio de Loyola voto de perpetua pobreza. Dado en Venecia en la capilla de nuestra habitación año 1537, día 27 del mes de junio”³³.

Pedro Fabro, Diego de Hoces y Antonio Arias, ya ordenados sacerdotes, obtuvieron también los favores para oír las confesiones de todos los fieles y absolverlos de todos los pecados reservados a los Obispos³⁴. Se menciona también en el documento a Nicolás de Bobadilla, Diego Laínez, Francisco Javier, Alfonso Salmerón, Jean Coduri, Simón Rodrigues y Miguel Landívar. Ignacio estaba satisfecho. Finalmente había obtenido el permiso para predicar pública y privadamente. Había luchado mucho con tenacidad, humildad, con sencillez pero también defendiendo lo que en conciencia veía delante de Dios. Comenzó solo y confundido; ahora se encontraba con sus “nueve amigos míos en el Señor, todos maestros en Artes y asaz versados en teología, los cuatro de ellos españoles, dos franceses, dos de Saboya y uno de Portugal... y algunos otros que en los mismos propósitos los seguían...”³⁵. A su amigo y bienhechor, Mosén Juan de Verdolay, le compartió su felicidad, fruto de su interior disponibilidad y apertura total a aceptar la voluntad de Dios. Finalmente, la Iglesia en la persona del Obispo de Arbe, Vincenzo Nigusanti, lo había recibido a él y sus compañeros como sacerdotes pobres y reformados. Este “decía que en su vida había hecho tal ordenación con tanta consolación suya”³⁶.

3. Somos de la Compañía de Jesús

La alegría y confianza de Ignacio se hacían patentes en la carta que, el 24 de julio de 1537, escribió a Mosén Juan de Verdolay, un aragonés muy conocido en Cataluña y Valencia³⁷. En ella se hace evidente su acción de gracias y optimismo apenas un mes después de su ordenación sacerdotal. Ignacio quería que su amigo se uniese al grupo pero esto no sucedió sino el 9 de

noviembre de 1556, fecha en que solicitó su ingreso en la Compañía y fue recibido un mes después, el 6 de diciembre en el Colegio de Valencia³⁸. Tras una prolongada dilación en la concesión de la profesión solemne, el 30 de enero de 1564, el P. Araoz escribe a Laínez y le comunica que Mosén Juan de Verdolay salió de la Compañía e ingresó en la Cartuja. En opinión de Polanco la salida se debió a la “falta de resignación de espíritu”³⁹.

Mientras tanto, los rumores de una guerra contra los turcos eran cada vez más frecuentes en la ciudad de Venecia por lo que los neo sacerdotes decidieron continuar su labor en ayuda a las ánimas. Fortalecieron su entrega al apostolado y se distinguieron por su disponibilidad, su movilidad y su iniciativa apostólica. Servían a los pobres con mucha edificación en los hospitales, vivían de limosna y se ejercitaban en la predicación, pero casi no les quedaba tiempo para prepararse para la celebración de su primera misa por lo que “acordaron salir de Venecia, aunque no de la Señoría, dividiéndose en diversas tierras; M^o Iñigo con M^o Fabro y M^o Laynez a Vicentia, M^o Francisco y M^o Salmerón a Moncelese, M^o Coduri y el Bachiller Hozes a Treviso, M^o Claudio y M^o Simón a Bassán, M^o Pascasio y M^o Bobadilla a Verona. Era su intención en estos lugares,

la gente pudo ser testigo del amor que se tenían los compañeros entre sí, de la amistad que los fortalecía y les ayudaba a las labores apostólicas diarias

ultra de prepararse a la misa primera, ejercitarse en pedir limosna y en predicar con poco o ninguno estudio y en las plazas...”⁴⁰. Más tarde, Ignacio convocó a los compañeros en Vicenza con el fin de deliberar sobre los últimos acontecimientos. Desde San Pedro de Vivaro, aquel grupo de apóstoles irradiaba un estilo de vida nuevo, refrescante y diferente a lo que se

había visto antes. La gente pudo ser testigo del amor que se tenían los compañeros entre sí, de la amistad que los fortalecía y les ayudaba a las labores apostólicas diarias y de cómo predicaban en pobreza, en continua interrelación y, ante todo, cómo estaban atentos y se esforzaban por encontrar la voluntad de Dios. Sus deliberaciones los llevaron a decidir, a fines de septiembre, que Francisco Javier, Diego Laínez, Nicolás Bobadilla y Jean Coduri celebrarían su primera misa. Rodrigues la celebró más tarde en Ferrara⁴¹ y Salmerón, como hemos dicho, todavía no había sido ordenado. Ignacio no lo hizo pues “había determinado, después que fuese sacerdote, estar un año sin decir misa,

preparándose y rogando a la Virgen que le quisiera poner con su Hijo⁴². Las deliberaciones continuaron y, gracias a ellas, los compañeros tomaron otra decisión muy importante en la vida y futuro de la Compañía de Jesús: buscarían jóvenes estudiantes en las universidades con la intención de atraerlos a su incipiente grupo⁴³.

En Vicenza se tomó otra decisión trascendental pues determinaron que, cuando les preguntaran quiénes eran, ellos responderían: “*Somos de la Compañía de Jesús*” ya que no podían dudar que Cristo era la única cabeza del grupo; que ese nombre le había sido varias veces confirmado a Ignacio en visiones sobrenaturales y que éste había sido asumido después de haberlo discernido seriamente entre todos los compañeros⁴⁴. Un dato nuevo vendría a ser definitivo en las decisiones que estaban tomando y consistía en la entrada de la República de Venecia en la Liga del Emperador y el Papa contra los turcos. Este hecho hizo prácticamente imposible el viaje a Jerusalén según lo que habían acordado en París. Más tarde, habiéndose cumplido ya el año de espera de la nave, deliberaron ir a Roma a cumplir su entrega al Papa tal como lo habían prometido en los votos de Montmartre el 15 de agosto de 1534.

Mientras los compañeros trabajaban incansablemente por varias ciudades italianas, Ignacio, Fabro y Laínez se dirigieron a Roma con la intención de preparar el terreno y el futuro apostolado del grupo. En el camino, Ignacio recibió una clara señal de que la decisión tomada por él y sus amigos había sido la correcta. El peregrino se convenció de que la ciudad eterna sería para ellos otra Jerusalén y de que la misión habría de continuar en la capital de la cristiandad. Ignacio nos cuenta que “...estando un día, algunas millas antes de llegar a Roma, en una iglesia, y haciendo oración, sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que Dios le ponía con Cristo, su Hijo, que no tendría ánimo para dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo⁴⁵. Diego Laínez, ya como segundo Preósito General, nos dice que: “... me dijo que le parecía que Dios Padre le imprimía en el corazón estas palabras; *Ego ero vobis Romae propitius*. Y no sabiendo nuestro Padre qué es lo que querían significar, decía: Yo no sé qué será de nosotros, si acaso seremos crucificados en Roma...”. Otra vez dijo que le parecía ver a Cristo con la cruz a cuestas, y el Padre Eterno al lado, que le decía: Yo quiero que tomes a este como servidor tuyo. Y así Jesús lo tomaba y decía: “Yo quiero que tú nos sirvas. Y tomando, por esto, gran devoción a este santísimo nombre, quiso que la congregación se llamase: *LA COMPAÑÍA DE JESÚS*”⁴⁶.

Las confirmaciones de “arriba” seguían llegando; la obra de Ignacio y los universitarios era grata a Dios y, no obstante, como un signo y una prueba

más de que la obra estaba marcada con la cruz de Cristo, aquí “abajo”, los “sacerdotes reformados”, los “sacerdotes peregrinos”, suscitaban envidias por su forma evangélica de predicar, por dar los Ejercicios Espirituales o por estar cerca del Papa quien frecuentemente los invitaba a disputar durante las comidas con profesores de la Universidad⁴⁷. Las dificultades se incrementaron cuando el cardenal Legado, Vicente Carafa, les concedió plenas facultades para llevar a cabo su misión, de una forma tan generosa que Ignacio calificó de “licencia muy copiosa”⁴⁸. Se les autorizaba para predicar libremente por la ciudad, confesar a toda clase de fieles, absolver pecados reservados a los obispos y administrar los sacramentos, siempre de conformidad con los párrocos. Tantos favores y comentarios positivos motivaron una investigación contra la vida y doctrina de Ignacio y sus compañeros. La tal averiguación fue ocasionada por las acusaciones que hiciera un fraile agustino de nombre Agustín Mainardi en contra de Ignacio y sus compañeros. Mainardi, aprovechando que el Papa Paulo III se encontraba fuera de Roma tratando de reestablecer la paz entre Francisco I de Francia y Carlos I de España y V de Alemania, predicó algunos sermones de marcado sabor luterano en la iglesia romana de San Agustín. Como Fabro y Laínez lo habían oído y se habían hecho cargo de desenmascarar sus engaños, el agustino, apoyado por Francisco Mudarra, Pedro Castilla y Mateo Pascual -todos conocidos por su afición a la caza de beneficios- se dedicaron a atacar a los compañeros esparciendo rumores y calumnias con el propósito de desacreditarlos ante el pueblo que cada vez los oía con más atención. En primer término, la acusación se centraba en la persona de Ignacio, quien, según ellos, había sido condenado como hereje en España, en Francia y en Italia. Sostenían que la razón que lo había llevado a Roma en esos momentos no era otra sino huir de la Santa Inquisición. Esta campaña fue apoyada por Miguel Landívar, antiguo amigo de Ignacio y Francisco Javier y que, por lo visto, había encontrado “mejores pesebres” en los que pudiera calmar su hambre y sed de privilegios y favores, que no encontró en la pobre Compañía naciente⁴⁹.

La situación era de un alto riesgo, precisamente porque los primeros compañeros se encontraban cerca del Papa y ya habían comenzado su labor apostólica. Cuando no pudieron lograr que los principales acusadores se retractaran de sus calumnias, Ignacio elevó el caso a instancia formal. Los detractores, viéndose desenmascarados por la ley, se deshicieron en alabanzas para aquellos a quienes antes acusaban de herejes. La situación fue llevada por Ignacio directamente al Papa a quien solicitó que la cuestión fuese dirimida en sentencia pública. Si antes no tuvo miedo a autoridades inferiores, no lo tendrá ahora, sabiendo que la máxima autoridad eclesial podía cortar de raíz con las

envidias que motivaban todas aquellas confusiones y sufrimientos. Los testimonios de varias personalidades, entre quienes se encontraban quienes habían examinado a Iñigo en sus anteriores comparecencias ante los tribunales, como Don Juan Rodríguez Figueroa, en Alcalá; Pedro Ortiz y Francisco Mateo Ory, en París y Gaspar de Doctis, en Venecia, llevaron a la jerarquía eclesiástica a pronunciar un fallo de inocencia, demostrando fehacientemente que su doctrina era “evangélica, santa y buena” y que continuamente había atacado las opiniones de Lutero, manifestándose siempre fieles a la Iglesia Católica Romana. Entre los jueces se encontraban también el clérigo Amelia Doimo Nascio, el embajador del Sena en Roma, Lattancio Tolomei y el doctor Fernando Díez, natural de Carrión⁵⁰. Ignacio exigió que el Gobernador Conversini diera sentencia formal en su favor y en el de sus compañeros. En la sentencia del Gobernador de Roma son mencionados Ignacio y sus compañeros “maestros de París”⁵¹. Ante la insistencia de Ignacio, quien no quería tener ningún contratiempo en Roma, el Gobernador firmó la sentencia absolutoria el 18 de noviembre de 1538.

No quedaba ya ningún obstáculo para que los Maestros de París realizaran su oblación al Vicario de Cristo ni para que Ignacio celebrara su primera misa. La sentencia absolutoria de Conversini puso término a la espera. Al mismo tiempo, al grupo de compañeros le había llegado la hora de presentarse al Papa y hacer su oblación. Poco tiempo antes, dos de ellos habían comido con el Santo Padre y lo habían sorprendido por su sabiduría y sencillez. Era oportuno que el grupo completo se presentara para postrarse a los pies del Romano Pontífice como Vicario de Cristo en la tierra. Deseaban entregar su vida toda a Cristo, por medio de su siervo, con el deseo y la esperanza de que su ofrecimiento sería grato y útil para extender su viña en el universo mundo en absoluta movilidad. No podemos precisar la fecha exacta en que tuvo lugar la audiencia con el Papa Paulo III, pero suponemos que ésta debió celebrarse antes del día 23 de noviembre, poco tiempo después de la promulgación de la sentencia absolutoria. Cumplían lo que habían prometido en París y se ofrecían libremente al Vicario de Cristo para que él determinara a dónde los había de enviar⁵². Paulo III no sólo los aceptó sino que dio al grupo un carácter de servicio universal y, conociendo su preparación y decisión de servir a la Iglesia, vera esposa de Cristo, les pidió que permaneciesen en Roma y ahí dieran la tan anhelada Mayor Gloria a Dios. Muy pronto, verían que Dios les tenía preparadas misiones más ambiciosas y verdaderamente universales: obispos de diferentes diócesis, príncipes y embajadores de reinos cristianos comenzaron a solicitar los servicios de aquellos sacerdotes pobres, letrados y reformados para vivificar

a sus pueblos dormidos o narcotizados por las doctrinas protestantes. Los compañeros y amigos en el Señor estaban a punto de dispersarse, dando con ello al grupo un matiz que nunca pensaron y ni siquiera imaginaron. Se establecían así los cimientos para el surgimiento de la Compañía de Jesús como Orden religiosa al servicio de la Iglesia Universal. Ignacio, por su parte, asumía y agradecía tantos dones recibidos de Dios y, entre ellos, confirmaba otra decisión: ya que la Providencia divina había determinado que no volviera a Tierra Santa donde añoraba celebrar su primera misa, precisamente en Belén, se dispuso para hacerlo en el sitio en el que la fe popular y la tradición cristiana veneraba “las reliquias del pesebre del nacimiento de Cristo”, en la basílica de Santa María la Mayor⁵³.

4. En misión al universo mundo, bajo el estandarte de la cruz, en pobreza y humildad, para salvar almas.

Aquel gentilhomme que salió de Loyola en búsqueda de su propia vocación se vio de pronto envuelto en la urgente decisión de dar una estructura formal a aquel grupo pequeño de amigos en el Señor. Ante la sorpresa de lo que Dios les iba manifestando, era necesario prever lo conducente para conservar el cuerpo que Él le había confiado. Y por enésima ocasión se

todos coincidieron en que deseaban formar un cuerpo estable que permaneciera unido aunque el Papa los enviase a distintas partes del mundo

preguntó *¿quid agendum?* Hacia la cuaresma de 1539, los compañeros comenzaron otro tipo de deliberaciones, ahora encaminadas a decidir la fisonomía de la Compañía de Jesús, mismas que concluyeron en el mes de junio del mismo año. Todos coincidieron en que deseaban formar un cuerpo estable que permaneciera unido aunque el Papa los enviase a distintas partes del mundo. Deseaban también invitar a otros a compartir su

estilo de vida, anhelaban suscitar vocaciones que hiciera más grande aquel cuerpo que el Señor había querido comenzar. Sus palabras fueron: “definimos finalmente la parte afirmativa: es a saber, que habiéndose dignado el clementísimo y piadosísimo Señor de unimos y congregarnos recíprocamente, aunque somos tan flacos y nacidos en tan diversas regiones y costumbres; que

no debíamos deshacer la unión y congregación que Dios había hecho, sino antes confirmarla y establecerla más, reduciéndonos a un cuerpo, teniendo cuidado unos de otros y manteniendo inteligencia para el mayor fruto de las almas. Pues también la virtud unida tiene mayor vigor y fortaleza para ejecutar cualesquiera empresas arduas, que si estuviese dividida en muchas partes”⁵⁴. Así pues, solicitarían la aprobación de la Santa Sede para la fundación de una nueva Orden religiosa.

En Montserrat, no habían profesado el voto de obediencia. Y, aunque -de hecho- desde Vicenza obedecían a Ignacio por el liderazgo natural que éste ejercía, cayeron en la cuenta que tenían que dilucidar lo que un semejante voto implicaba. Era necesario decidir si harían ese voto a uno de ellos “para que con mayor sinceridad, alabanza y mérito, pudiésemos en todo y por todo hacer la voluntad de Dios, nuestro Señor, y juntamente la libre voluntad y precepto de su Santidad, a quien gustosísimamente habíamos ofrecido todas nuestras cosas, la voluntad, entendimiento, fuerzas...”⁵⁵. Y “no por pluralidad de votos, mas sin desentir ninguno [decidieron] sernos más expediente y necesario dar la obediencia a alguno de nosotros, para mejor y más exactamente poder ejecutar nuestros primeros deseos de cumplir en todo la voluntad divina, para más seguramente conservar la Compañía, y, en fin, para poder dar decente providencia a los negocios particulares occurrentes, así espirituales como temporales”⁵⁶.

Otros temas capitales que era imprescindible definir eran la profesión de un voto especial de obediencia al Romano Pontífice, la forma de enseñar el catecismo a los niños y el cargo vitalicio del Prepósito General. Todas estas cuestiones habrían de ser examinadas, discutidas y aprobadas en las deliberaciones del año 1539, que fueron decisivas en la historia del Instituto de la Compañía de Jesús. Ignacio con sus secretarios -en este tiempo era secretario de la Compañía el P. Francisco Javier- ayudados por otros disponibles, redactaron, a manera de un “Breve”, un proyecto que contuviera una *Fórmula del Instituto*⁵⁷. El 3 de septiembre, por conducto del Cardenal Gaspar Contarini, recibieron la aprobación papal del primer proyecto de agosto de 1539, en el que se les reconocía como “*los queridos hijos de Ignacio de Loyola, maestros de París...*”. El documento habría de ser retocado más aun con la intención de que fuera una Bula. Por fin Ignacio vio cumplido uno de sus mayores anhelos cuando se expidió la *Bula Regimini militantis Ecclesiae* firmada por Paulo III con fecha 27 de septiembre de 1540⁵⁸ en la que el Instituto de la Compañía de Jesús fue aprobado pública y solemnemente. En esta Bula se delineaban ya los aspectos centrales de la nueva Orden religiosa.

Sin embargo, faltaba dar orden y estructura al naciente cuerpo de tal modo que se organizara el espíritu y la vida que el grupo de los diez compañeros había configurado. El primer paso hacia esa organización fue la decisión para el nombramiento del Prepósito General. Para entonces, sólo Jean Coduri, Alfonso Salmerón y el propio Ignacio se encontraban en Roma. Pedro Fabro se hallaba en Alemania en compañía del Doctor Ortíz. Francisco Javier y Simón Rodrigues estaban en Portugal. Nicolás de Bobadilla, en Calabria, en donde actuaba como Vicario General, en nombre del Cardenal Bembo. Diego Laínez, Pascase Broët y Claude Jay llegaron a Roma en la cuaresma de 1541. El Papa Paulo III publicó la Segunda Bula *Sacrosantae Romanae Ecclesiae* y el 4 de marzo los compañeros se reunieron para comenzar el proceso de redacción de las Constituciones según lo estipulaba la Fórmula.

Los seis congregados determinaron -con la autorización de los ausentes- que Jean Coduri e Ignacio de Loyola redactasen las Constituciones de 1541, aunque éstas no tendrían una forma definitiva. Su misión era perfeccionar las *Deliberaciones* y las *Conclusiones* de 1539, haciendo hincapié en las determinaciones sobre la pobreza, el vestir y el calzar, la enseñanza de la doctrina cristiana, la admisión de candidatos y sus experiencias, así como algunas primeras normas de disciplina interna. Sólo faltaba la elección del superior. Nuevamente Ignacio velaba por la buena marcha de este asunto vital en la naciente Orden y elaboró el documento *Forma de la Compañía y oblación*⁵⁹ que describe la forma seguida en la elección y el ofrecimiento de la Compañía que la completó. Muy probablemente hacia el 2 de abril se inició el proceso de elección del Prepósito General. Siguiendo el mismo método que les había dado buen resultado en las deliberaciones de 1539, comenzaron con un período de tres días para hacer oración en un clima de absoluto silencio que impidiera que se influenciaran unos a otros en materia tan importante⁶⁰. Cada uno con su voto escrito y sellado “porque más libremente cada uno dixese y declarase su voluntad”⁶¹, se reunieron al cabo de los tres días, juntaron las papeletas con las que habían enviado los compañeros de Portugal y Alemania y, con el propósito de dar oportunidad a que alguno cambiase de opinión, se dejaron todas las papeletas en un arca, cerrada bajo llave “para mayor confirmación de la cosa”. El proceso de elección concluyó el viernes de pasión, el 8 del mismo mes, y “abriendo todas las cédulas, una tras otra, nemine discrepante, *vinieron todas las voces sobre Inigo*, dempío maestro Bobadilla (que por estar en Bisignano, y a la hora de su partida para Roma le fue mandado por el Papa de detuviere más en aquella ciudad) no invió su voz a ninguno”⁶².

Ignacio expuso sus reticencias para asumir el cargo y les pidió encomendar más la cosa por tres o cuatro días “aunque no con asaz voluntad de los compañeros, fue así concluído”⁶³. En razón de las circunstancias, la elección fue repetida el 13 de abril, con el mismo resultado de antes. Nuevamente Ignacio manifestó que se creía incapacitado para desempeñar ese cargo y, después de poner el asunto en manos de su confesor, el franciscano P. Theodosio, Ignacio asumió con humildad que no podía resistir al Espíritu Santo, manifestado tan claramente en la voluntad de sus compañeros y, el 19 de abril, aceptó ser el primer Prepósito General de la Compañía de Jesús. Ese mismo martes de Pascua se tomó la resolución de que “Iñigo tomase el asunto y régimen de la Compañía”. Finalmente, el viernes 22 de abril de la octava de Pascua, los seis compañeros se

dirigieron a la Basílica de San Pablo extramuros, se reconciliaron unos con otros y por acuerdo de todos, Ignacio celebró la Misa, de modo que todos pudiesen recibir el Santísimo Sacramento de su mano y, haciendo sus votos solemnes, fueron felizmente conscientes de que había nacido la Compañía de Jesús.

Los seis congregados expresaron –además– la necesidad de dar una clara identidad a la Orden mediante un instrumento legislativo que completara la labor de las Constituciones de 1541.

Consideraron que eran 49 los puntos sobre los que debían discutir y ponerse de acuerdo con mayor urgencia. Después del tema de la pobreza –que para todos era el de mayor relevancia–, el punto que debían delimitar era el relativo a la definición de la misión, el del Superior General y la duración de su cargo, los vestidos que habían de llevar, su color, su forma, la instrucción que lo profesos debían dar a los niños, la fundación de los colegios, las universidades, la instrucción de los candidatos, etc. Ante la prematura muerte de Jean Coduri en agosto de ese mismo año, la tarea quedó prácticamente en manos de Ignacio

el viernes 22 de abril de la octava de Pascua, los seis compañeros se dirigieron a la Basílica de San Pablo extramuros, se reconciliaron unos con otros y por acuerdo de todos, Ignacio celebró la Misa, y, haciendo sus votos solemnes, fueron felizmente conscientes de que había nacido la Compañía de Jesús

en su carácter de Prepósito General. En el proceso de redactar las Constituciones y definir el tema de la misión, en un primer momento participaron Ignacio y los compañeros, de 1539 a 1541, hasta la muerte de Coduri. Una segunda etapa de redacción estuvo a cargo del propio Ignacio, primero él solo y después ayudado por sus sucesivos secretarios: Jerónimo Doménech (1544-1545) y después Bartolomé Ferrão (1545-1547). En una tercera y definitiva etapa, debemos destacar muy significativamente la labor de Juan Alfonso de Polanco (1547-1550).

La identidad y misión de de la Compañía de Jesús quedaron definidas desde entonces. Nos toca ahora seguir siendo fieles a nuestro carisma asumiendo el desafío siempre presente de respetarlo y recrearlo creativamente, buscando en todo la Mayor Gloria de Dios, según las necesidades que el Señor nos sigue haciendo presentes a través de su Iglesia y de acuerdo con lo que el Espíritu Santo sigue manifestando a la Orden mediante su Congregación General.

Jaime Emilio González Magaña, S. I

¹SCHURHAMMER, Georg. *Francisco Javier. Su Vida y su Tiempo*, Tomo I. Europa, 1506-1541. Gobierno de Navarra, Compañía de Jesús, Arzobispado de Pamplona, Freiburg im Breisgau: Herder & GmbH, 1955, Bilbao: Ediciones Mensajero, 1991, p. 182.

²TURRIOZ, Jesús, *Ignacio de Loyola, universitario*, En: Julio Caro Baroja (Dir.). *Ignacio de Loyola. Magister Artium en París. 1528-1535*,. Libro Homenaje de las Universidades del País Vasco y de la Sorbonne a Ignaci Loyola en el V Centenario de su Nacimiento, Donostia-San Sebastián: Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, 1991, p. 387.

³Pedro de Ribadeneira, MHSI, *Vita Ignatii Loyolae*, FN, IV, 229.

⁴MHSI, FN, IV, 229

⁵MHSI. *Memoriale, Ann 1529*, 8, en *Fabri Monumenta. Beati Petri Fabri. Primi Sacerdotis e Societate Jesu. Epistolae, Memoriale et Processus. Ex Autographis aut Archetypis Potissimum Deprompta*. Matriti: Typis Gabrielis López del Horno, 1914, p. 493.

⁶RIBADENEIRA, Pedro de, *Vida de San Ignacio de Loyola*, Librería de la Viuda e Hijos

de J., Barcelona: Subirana, Editores, 1863, p. 123. Véase también: LARRAÑAGA, Victoriano, *San Ignacio de Loyola. Estudios sobre su Vida, sus Obras, su Espiritualidad*, Zaragoza: Hechos y Dichos, 1956, p. 22.7

⁷SCHURHAMMER, Georg, *Francisco Javier. Su Vida y su Tiempo*, Tomo I..., Opus cit., p. 188 y GARCÍA-VILLOSLADA, R. *San Ignacio de Loyola, Nueva Biografía*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, Serie Maior 28, 1986, p. 329.

⁸Véanse: Gradus Academici Sanctii Ignatii eiusque sociorum in Universitate Parisiensi y S. Ignatius sociique Gradum Licentiae in Artibus obtinent in Universitate Parisiensi, en MHSI, *Fontes Documentales*, 384-392.

⁹DUDON, Paul. *Saint Ignace de Loyola*, Paris: Gabriel Beauchesne et ses fils, 1934, p. 197.

¹⁰MHSI, MI, *Exercitia - Regulae*, 1ª Regla de la *versio prima* escrita en París, p. 551.

¹¹LETURIA, Pedro de, Génesis de los Ejercicios de San Ignacio y su influjo en la Compañía de Jesús (1521-1540), *Archivum Historicum Societatis Iesu*, Nº 10 (1941), p. 39.

¹²MHSI, *De origine et progressu Societatis Iesu*, en *Epistolae Simonis Roderici*, 455-456.

¹³Relato escrito por el H. Cristóbal López, compañero del P. Ribadeneira quien lo relata en MHSI, MI, *Scripta* I, 154.

¹⁴MHSI, FN, I, 106, nota 20.

¹⁵*Acta P. Ignatii*, 33 y 90, en MHSI, FN, I, 406 y 486.

¹⁶Autobiografía, 91; MHSI, FN, I, 488.

¹⁷MHSI, FN, I, 188 y FN, II, 572.

¹⁸I. Polanco, *De vita P. Ignatii*, VII, en MHSI, FN, II, 572.

¹⁹MHSI, MI, *S. Ignatii Eppistolae* I, 94-96.

²⁰GARCÍA-VILLOSLADA, R., *San Ignacio de Loyola, Nueva Biografía...* Opus cit., p. 401; LARRAÑAGA, Victoriano, *Los Estudios superiores de San Ignacio en París, Bolonia y Venecia, Razón y Fe* Vol. 153 (1956), pp. 235-236; DUDON, Paul, *Saint Ignace de Loyola...*, Opus cit., p. 248; TACCHI VENTURI, Pietro. *Storia della Compagnia in Italia...*, Narrata col sussidio di Fonti Inedite. Volume Secondo. Dalla nascita del fondatore alla solenne approvazione dell'ordine. (1491-1540) Roma: Civiltà Cattolica, 1922, p. 87.

²¹I. de Polanco, *Summarium Hispanum...*, 74, MHSI, FN, I, 195 y *Vita P. Ignatii*, VII, FN, II, 583. Ver Autobiografía, 92 y MHSI, FN, I, 490-492.

²²MHSI, MI, *Epp.* I, 95-96; DE DIEGO, Luis, *La Opción sacerdotal de Ignacio de Loyola y sus compañeros [1515-1540]*, Caracas: Centrum Ignatianum UCAB, 1975, p. 182.

²³MHSI, MI, *Simonis Rodrigues Comentarium*, FN III 42, 54-55.

²⁴BRODRICK, James. *El Origen de los Jesuitas*, Madrid: Ediciones Pegaso, 1953, p. 52.

²⁵DE DIEGO, Luis. *La Opción sacerdotal...*, Opus cit., p. 182.

²⁶LETURIA, Pedro de. Importancia del año 1538 en el cumplimiento del "Voto de Montmartre", *Archivum Historicum Societatis Iesu*, Vol. 9(1940), 188-207.

- ²⁷ MHSI, FN, I, 40, 110, 190. FN, I, 110. Cf. *Comentarium*, FN, III, 44. Cf. *Epistolae Salmeronis*, I, 577-578. Cf. *Epistolae Salmeronis*, II, 734.
- ²⁸ Simonis Rodrigues, *Comentarium*, MHSI, MI, FN, III, 56.
- ²⁹ FOURNIER, MHSI, MI, *Fontes Doc.*, 98, p. 523.
- ³⁰ MHSI, MI, *Bobadillae Monumenta*, 616.
- ³¹ MHSI, *Fontes Documentales*, 102, 527.
- ³² MHSI, MI, *Fontes Documentales*, 101, 526. Los incoó el 8 de septiembre de 1557.
- ³³ La traducción: "Título sobre las sagradas órdenes de San Ignacio". Venecia, 10-24 de junio de 1537, ha sido tomada de Jesús ITURRIÓZ. *Ignacio de Loyola, universitario...* Opus cit. p. 396. Véanse también: MHSI, *Scripta* I, 545; *Lainni Monumenta*, VIII, 637; *Bobadillae Monumenta*, 2; *Epistolae Salmeronis*, I, 574; *Epistolae Codurii*, 415-416. Cf. Sacris ordinationibus: FN, I, 119, 193, 266; FN, II, 83, 579; FN, III, 82, 401, y SCURHAMMER, G. *Francisco Javier. Su Vida y su Tiempo*, Tomo I. Europa, 1506-1541..., Opus cit., pp. 327-328.
- ³⁴ MHSI, MI, *Fabri Monumenta*, 7-8, pp. 9-12.
- ³⁵ Carta a Mosén Juan de Verdolay, fechada en Venecia, el 24 de julio de 1537. MHSI, MI, *Epp.* I, 118-123.
- ³⁶ MHSI, MI, *Epistola P. Lainii*, 41, FN, I, 118; I. de Polanco, *Summarium Italicum*, 9-10, FN, I, 265-266.
- ³⁷ HERNÁNDEZ MONTES, Benigno. Original de la carta de San Ignacio a Mosén Verdolay (Venecia, 24-VII-1537), *Mamresa*, Vol. 56 (1984), 321-343.
- ³⁸ MHSI, MI, *Epp. mixtae*, V, 510. MI, *Litterae Quadrimestre*, V, 36-37. Las dos cartas han sido citadas por HERNÁNDEZ MONTES, Benigno. Original de la carta de san Ignacio a Mosén Verdolay..., Opus cit. pp. 333-334 y MHSI, MI, *Fontes documentales*, 103, 529-530. Cf. MI, *Epp.* I, 120-121; XII, 322. DIEGO, Luis de, Idem., p. 183.
- ³⁹ MHSI, MI, *Epp. mixtae* 5, 555-556 y I. de Polanco, *Chronicon*, 2, 658-659 y 4, 345, nota 4. Cf. HERNÁNDEZ MONTES, Benigno, Idem., p. 336, nota 55.
- ⁴⁰ MHSI, MI, *Summarium Hispanum*, 70, FN, I, 193.
- ⁴¹ MHSI, MI, *Epistolae Broeti*, 495-496.
- ⁴² Autobiografía, 96; MHSI, FN, I 96, 496.
- ⁴³ MHSI, MI, I. de Polanco, *Summarium Hispanum* 73, FN I, 194; *Epistola P. Lainii* 42, FN I, 120.
- ⁴⁴ MHSI, MI, I, de Polanco, *Sum. Hisp.* 86, FN I, 203-204; *Chronicon* I, 72-74; *Vita Latina* II, 595-597; *Exordium Chronici 1573*, FN II, 503; Laínez, *Adbortationes 1559*, FN II, 132-133; Ribadeneira, *Vita Ignatii...*, FN IV, 273. Véase también ROUQUETTE, Robert. *Essai critique sur les sources relatant la vision de saint Ignace à la Storta*, *Revue Ascétique et Mystique* Vol. 33 (1967) 34-61; 150-170.
- ⁴⁵ Autobiografía, 96; MHSI, FN, I 96, 496-498.
- ⁴⁶ MHSI, FN, I 96, 496-498.
- ⁴⁷ MHSI, MI, *Epistolae Simonis Roderici*, 499.
- ⁴⁸ Carta que escribe a su bienhechora y amiga Isabel Roser, el 19 de diciembre de 1538. MHSI, FN I, 8, 41-42.

⁴⁹ Véase la carta de Miguel Landívar a Ignacio, fechada el 12 de septiembre de 1537 en *Eppistolae mixtae* I, 12 y GARCÍA-VILLOSLADA, R., *Nueva Biografía...*, Opus cit., pp. 430 y 452.

⁵⁰ PIAZZO, Marcello Del y DALMASÉS, Cándido de. Processo sull'Ortodossia di S. Ignazio e dei suoi compagni svoltosi a Roma nel 1538, *Archivum Historicum Societatis Iesu* Vol. 38 (1969), 431-453. Véase también la carta que escribe Ignacio a Isabel Roser el 18 de diciembre de 1538 en MHSI, *Ignatii Epist.* I, 141-142 y BRODRICK, James. *El Origen de los Jesuitas...*, Opus cit., p. 66.

⁵¹ MHSI, MI, Processus Romanus de S. Ignatii Sociorumque orthodoxia, Mensibus iulio - septembri 1538. *Fontes Documentales*, 108, pp. 542-556. Sententia Gubernatoris Urbis contra diffamatores Ignatii et Sociorum, Romae, 18 novembris 1538. *Fontes Documentales*, 108, pp.556-557.

⁵² MHSI, MI, *Epp.* I, 132.

⁵³ MI, *Ignatii Epistolae* I, 145-147. MHSI, MI, *Anonymi Auctoris Vita P. Ignatii*, FN II, 443-444.

⁵⁴ MHSI, MI, *Constitutiones* I, 3.

⁵⁵ MHSI, MI, *Constitutiones* I, 4.

⁵⁶ MHSI, MI, *Constitutiones* I, 7.

⁵⁷ "Prima Societatis Iesu Instituti Summa", Augusto 1539. MHSI, Vol. 63. M. I., Ex Autographis vel ex antiquioribus exemplis collecta. Series tertia, *Sancti Ignatii de Loyola Constitutiones Societatis Iesu*, Tomus primus. Monumenta Constitutionum praevia, Romae: Pontificiae Universitatis Gregorianae, 1934, 14-21. Ya en este proyecto presentado al Papa se enumera a los compañeros: "Dilectis filiis Ignatio de Loyola, Petro Fabro, Iacobo Laines, Claudio Iayo, Paschasio Broet, Francisco Xauier, Alfonso Salmeroni, Simoni Roderico, Ioanni Coduri, Nicolao de Bobadilla, magistris parisiensibus...". También se recoge la pobreza como título de ordenación sacerdotal: "vos sponte pauperes Christi sacerdotes". Cf. MHSI, MI, Prolegomena, C., 3, A. I., CCV.

⁵⁸ MHSI, MI, *Prima Societatis aprobatio, 1540*. Constitutiones Societatis Iesu, 24-26. Véase también MI, Prolegomena, C. 3, A. 3, De Pauli III Bulla "Regimini Militantis Ecclesiae" 1540, CCIX-CCXI.

⁵⁹ MHSI, FN I, 15-22.

⁶⁰ MHSI, FN I, 17; Ribadeneira, FN IV, 365.

⁶¹ MHSI, FN I, 17.

⁶² MHSI, FN I, 18.

⁶³ MHSI, FN I, 18.